







Todas las muchachas
serán tuyas



José Antonio Abella
Todas las muchachas
serán tuyas



menos**cuarto**

© Herederos de José Antonio Abella
© de esta edición, Menoscuarto, 2025
ISBN: 978-84-19964-29-8
Dep. Legal: P-1/2025

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta y capitulares: © José Antonio Abella
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

A las chicas que me quisieron, y yo no quise.

A las que quise, pero no me quisieron.

A ti, Azul de mi vida, mi gran y único amor.

Un jovenzuelo de dieciséis o diecisiete años echó a correr como un rayo por el pasillo, se puso a leer, ávido, las inscripciones de todas las puertas. Yo corrí tras él; se quedó parado ante una; leí el letrero:

TODAS LAS MUCHACHAS SON TUYAS.
ÉCHESE UN MARCO.

HERMANN HESSE
El lobo estepario

1. WHERE IS THE BOY?



ES UN MINUTO DETENIDO. SESENTA SEGUNDOS en los que sigo teniendo quince años, estoy en el instituto, concentrado y distraído al mismo tiempo, mirando por los grandes ventanales del Seminario de Inglés mientras *miss* Carla, en la pizarra, escribe *Sunday morning* con su letra curvilínea, voluptuosa, letra que sugiere caricias, no palabras. Miro por los ventanales, distraído. Miro a *miss* Carla, concentrado. Sobre sus uñas pintadas de un rojo volcánico resbala el polvo ceniciento de la tiza. Los signos, letras, frases que dibuja en la pizarra, de espaldas a nosotros, parecen caligrafías corporales. Su brazo es una L desnuda. Su cuello es una I mayúscula que cimbreo sobre sus hombros, bajo su larga cabellera negra, sedosa, con destellos de luna (hoy la tiene recogida en una coleta con forma de \cap invertida que le acaricia la espalda). Mis ojos descien-

den la tenue cordillera de sus vértebras en gotas de sudor que su camiseta absorbe. Es una camiseta rosa, ceñida a su cuerpo para mostrar que Dios existe. He llegado a sus caderas, paréntesis que contienen el mundo. Comienzo a acariciarlas cuando *miss* Carla se da la vuelta y nos pide la traducción de la frase que ha escrito en la pizarra. Alguien levanta una mano asesina que desvía su mirada e impide que mis ojos se pierdan en sus ojos. Sus clavículas son dos eses desmayadas en medio de mi sueño. Bajo la U del escote, dos mullidas oes culminan en sendos puntos suspensivos (el tercero ha rodado hasta su ombligo). Descolgar la mirada por ese muestrario grafológico produce vértigo. ¿Hacia qué valle recóndito apunta la V de su falda ceñida? ¿Se trata de una flecha salvadora, de una señal para orientar a los vagabundos perdidos en la espesura del monte? ¿Transparentan mis ojos la turbación que siento, la sed y la fatiga y la esperanza de esos pobres vagabundos?

La respuesta de esta última pregunta me ruboriza. Herido por la flecha de mis ensoñaciones, huyo de nuevo hacia los ventanales, ajeno a la tiza que otra vez chirría en la pizarra con su dentera maliciosa:

Sunday morning:

Where is the boy?

Is the sky blue?

Why do birds sing?

No es domingo. Son las once de la mañana de un día de primavera de hace cincuenta años. Al otro lado de los

cristales verdean los chopos y el campo de centeno donde hoy, todos iguales, se agolpan edificios de ladrillo rojo, tejados negros, persianas grises.

Medio siglo desde entonces..., casi una vida en el paréntesis que separa los recuerdos de los sueños, las emociones de los cálculos matemáticos más torpes...

¡Medio siglo!

Si la eternidad es un minuto detenido, ¿cuántas eternidades caben en medio siglo? A las puertas de la vejez definitiva, esta sigue siendo una pregunta de difícil respuesta. Me gustaría solventarla del modo más simple, con una multiplicación sencilla, como lo haría aquel muchacho que escondía su turbación tras los ventanales del Seminario de Inglés.

Cincuenta años son...

La carcoma del olvido no solo se ceba en los nombres de las películas, de los compañeros de curso, de los reyes godos..., también lo hace con las reglas aritméticas elementales.

Busco en el escritorio una pequeña calculadora solar, obsequio de cierto banco de cuyo nombre no quiero acordarme. La encuentro por fin entre un barullo de facturas y bolígrafos. Tiene raspado el anagrama de la entidad financiera y se venga de mis uñas negándose a funcionar en la penumbra del cuarto. Voy con ella a la ventana. El cielo está nublado. Una luz invernal impregna el aire, los dedos, las minúsculas células fotovoltaicas de la máquina. Entonces el cero se ilumina y yo tecleo dígitos que nada significan, o quizá sí, acaso significan lo que ignoro, lo

que me impulsa a llenar de palabras el vértigo de un cuaderno donde tiemblan y dudan sus primeras líneas, el resto en blanco, niebla helada, vacío que tienta a los suicidas en las azoteas cuando ven a sus pies una calle como la que yo veo en este momento, húmedo el asfalto, viandantes presurosos, largas hileras de coches aguardando la apertura del semáforo.

Cincuenta años son...

18 262 días.

438 288 horas.

Más de veintiséis millones de minutos que no han logrado borrar aquellos sesenta segundos en los que *miss* Carla, comprensiva y aliviada, permitía la distracción de su alumno preferido, el que sacaba las mejores notas, el que siempre parecía tan tímido, el que espiaba los ventanales mientras sus compañeros escribían en los cuadernos: *The boy is in the park. The birds are singing because they are happy. The sky is blue and sunny.*

Miss Carla mira su reloj. A las once y treinta y tres minutos pasan frente a nuestros ventanales las chicas del instituto femenino. Todavía no se ha producido la revolución de la enseñanza mixta, todavía los logaritmos neperianos de los chicos rechinan y se desajustan en sus tablas cuando se enseñan junto a las derivadas e integrales de las chicas. Por eso nosotros, los chicos, salimos al recreo media hora después, cuando ellas vuelven a sus clases.

Miss Carla mira su reloj y no dice nada. Sigue en la pizarra, haciendo como que no me ve, seguramente feliz al imaginar que, al otro lado de los cristales, entre la hilera